

después gobernador por la corona. Allí empezó á abrir cimientos mas profundos para consolidar el poder de los españoles y adelantar hácia el Norte la línea de sus conquistas. El Cuzco, la antigua capital de la monarquía india, se había sometido. Los ejércitos de Atahuallpa habían sido derrotados y dispersados. El imperio de los Incas estaba disuelto, y el príncipe que llevaba la diadema peruana no era mas que una sombra de rey, que un instrumento del conquistador.

El primer acto del gobernador fue determinar el sitio donde había de edificarse la futura capital de aquel vasto imperio colonial. El Cuzco, población retirada entre montañas, estaba demasiado lejos de la costa para capital de un pueblo comerciante. El pequeño establecimiento de San Miguel estaba demasiado al Norte. Era de desear alguna posición mas central de las que fácilmente podían encontrarse en alguno de los fértiles valles á orillas del Pacífico, por ejemplo el de Pachacamac que Pizarro ocupaba entonces. Pero examinado con mas detención este punto, se prefirió el inmediato valle de Rimac que se extendía hácia el Norte, y cuyo nombre, que significa en lengua quichua *uno que habla*, procedía de un célebre ídolo que tenía un templo muy frecuentado de los indios á causa de los oráculos que en él se daban. Por este valle corría un ancho río que como una gran arteria suministraba por efecto de la industria de los indios mil pequeñas venas que fertilizaban los hermosos prados.

En sus riberas fijó Pizarro el sitio de su nueva capital, á poco menos de dos leguas de su nacimiento, donde se extendía formando un cómodo puerto para el comercio que el ojo profético del fundador vió que había de cubrir sus aguas en alguna época, y no muy distante. La situación central de aquel punto le hacia á propósito para residencia del virrey, pues desde él podía fácilmente comunicarse con los diferentes distritos del país, y vigilar de cerca los movimientos de sus vasallos indios. El clima era delicioso, y aunque á solos doce grados al Sur de la línea, templaban tanto el aire las tibias brisas que generalmente se levantan del Pacífico ó de las opuestas cordilleras, que el calor era allí menos sensible que en los puntos del continente situados á igual latitud. Nunca llovía en la costa; pero corría esta sequedad una nube de vapores que en los meses de verano se extendía como una cortina sobre el valle protegiéndole de los rayos del sol de los trópicos y destilando imperceptiblemente una humedad refrigerante que vestía los campos del mas brillante verdor.

Dióse por nombre á la naciente capital Ciudad de los Reyes en honor de la fiesta de la Epifanía, pues fue el 6 de enero de 1535 cuando, según se dice, fue fundada, ó mas probablemente cuando se determinó el sitio que había de tener, porque la construcción parece haberse verificado doce años después (1). Pero el nombre castellano cesó de estar en uso aun en tiempo de la primera generación, y fue reemplazado por el de Lima que es una corrupción del nombre primitivo indio de Rimac (2).

El plan para su construcción era muy regular. Las calles debían ser mucho mas anchas que las de las ciudades españolas, y perfectamente alineadas cru-

(1) Esto dice Quintana, siguiendo la autoridad que él llama segura, del padre Bernabé Cobo, en su libro titulado *Fundación de Lima*. Españoles célebres, tomo II, pág. 250, nota.

(2) Los manuscritos de los antiguos conquistadores demuestran cuán desde el principio se corrompió el nombre primitivo indio en el de Lima. «Y el marques se pasó á Lima y fundó la ciudad de los reyes que ahora es.» (Pedro Pizarro, Descub. y Conq.) «Asimismo ordenaron que se pasasen el pueblo que tenían en Xauxa poblado á este valle de Lima donde agora es esta ciudad de los reyes y aquí se pobló.» Conquista i Pob. del Perú, MS.

zándose unas á otras en ángulos rectos y bastante apartados para dejar ancho espacio para jardines y plazas públicas. Diósele una forma triangular teniendo el río por base, cuyas aguas llevadas por acueductos de piedra debían atravesar las principales calles y facilitar el riego de los jardines de las casas.

No bien decidió el gobernador el sitio y el plan de la ciudad, comenzó con su característica energía las operaciones. Reuniéronse indios de mas de cien millas á la redonda para ayudar á la obra; los españoles se dedicaron con vigor á esta tarea bajo la vigilancia de su jefe; cambióse la espada por el instrumento del artesano, convirtiéndose el campo en un enjambre de diligentes trabajadores, y á los sonidos de la guerra reemplazaron los rumores de una bulliciosa población. La estensa plaza debía estar formada por la catedral, el palacio del virrey, el del ayuntamiento y otros edificios públicos cuyos cimientos se echaron en tan grande escala y con tanta solidez que desafiaron después los ataques del tiempo y en algunos casos hasta los mas violentos terremotos que en diferentes épocas han convertido en ruinas parte de aquella hermosa capital (3).

Entre tanto Almagro, el mariscal, como le llaman comunmente los cronistas de aquel tiempo, había marchado al Cuzco enviado por Pizarro para encargarse del mando de aquella capital y con instrucciones para emprender por sí mismo ó por medio de sus capitanes la conquista de los países situados hácia el Sur y que formaban parte de Chile. Almagro desde su llegada á Caxamalca parecía haber moderado su sentimiento con Pizarro, ó por lo menos había procurado ocultarlo y consentido en servir á sus órdenes obedeciendo al emperador que así lo había dispuesto. En sus comunicaciones había tenido tambien la magnanimidad de hacer honrosa mención de Pizarro citándole como jefe deseoso de promover los intereses del gobierno. Sin embargo no se fió de él tanto que descurdase la precaución de enviar un confidente que recordarse sus servicios en la expedición que emprendió Hernando Pizarro para la madre patria.

Este, después de haber tocado en Santo Domingo, llegó sin novedad á Sevilla en enero de 1534. Además del quinto real llevaba consigo por valor de medio millón de pesos en oro, y una gran cantidad de plata, propia de aventureros particulares, algunos de los cuales satisfechos con sus ganancias se habían vuelto á España en el mismo buque que él. La aduana se llenó de sólidas barras, vasos de diferentes figuras, imitaciones de animales, flores, fuentes y otros objetos ejecutados con mas ó menos habilidad y todos de oro puro, con gran asombro de los espectadores que de las poblaciones inmediatas vinieron en gran número á contemplar las maravillosas producciones del arte indio (4). Muchas de estas eran propiedad de la corona; y Hernando Pizarro, después de una corta estancia en Sevilla, eligió algunas de las mejores y se partió para Calatayud donde estaba el emperador y donde se habían reunido las cortes de Aragón.

Inmediatamente fue admitido á presencia del rey en audiencia particular. Estaba Hernando mas familiarizado con las cortes que ninguno de sus hermanos, y sus modales, cuando se hallaba en situaciones en que necesitaba dominar la natural arrogancia de su carácter, tenían gracia y aun atractivo. Refirió en tono respetuoso las arriesgadas aventuras de su hermano

(3) Montesinos; Anales, MS., año 1535.

Los restos del palacio de Pizarro pueden descubrirse aun en el *Callejón de Patateros*, según dice Stevenson, autor cuyo libro es el que da mejores noticias de Lima entre todos los modernos que he consultado. Residencia en la América del Sur, tomo II, cap. VIII.

(4) Herrera, Hist. general, dec. V, lib. VI, cap. XIII.—Lista de todo lo que Hernando Pizarro trajo del Perú, ap. MS. de Muñoz.

y de la pequeña tropa que le seguía, las fatigas que habían sufrido, las dificultades que habían superado, la captura del Inca peruano y su magnífico rescate. No habló de la muerte del desgraciado príncipe porque no tenía aun noticia de este trágico suceso que ocurrió después de su partida del Perú. Estendióse en la pintura de la fertilidad del suelo, de la civilización del pueblo y de sus adelantos en varias artes mecánicas; en prueba de lo cual presentó las telas de lana y algodón y los ricos ornamentos de oro y plata que llevaba. Los ojos del monarca brillaron de alegría al contemplar aquellos metales preciosos. Era demasiado sagaz para no conocer las ventajas de la conquista de un país tan rico en recursos agrícolas; pero las rentas procedentes de estos recursos, debían necesariamente irse aumentando con lentitud y tardar mucho en llegar á sus manos; nada tenía pues de extraño que oyese con mas satisfacción la noticia de las riquezas minerales encontradas por Pizarro, porque la lluvia de oro que tan inesperadamente caía sobre él le proporcionaba el medio inmediato de llenar el tesoro imperial agotado á causa de sus proyectos ambiciosos.

No opuso dificultad por tanto en conceder lo que el afortunado aventurero le pedía. Todas las anteriores concesiones hechas á Francisco Pizarro y á sus asociados fueron confirmadas de la manera mas amplia; y los límites de la jurisdicción del gobernador fueron extendidos hasta setenta leguas mas allá hácia el Sur. No quedaron olvidados tampoco los servicios de Almagro, el cual recibió facultades para descubrir y ocupar el país hasta una distancia de doscientas leguas empezando desde el límite meridional del territorio de Pizarro (1). Carlos, para mayor prueba de su satisfacción, se dignó además dirigir una carta á los dos jefes cumplimentándolos por sus proezas y dándoles gracias por sus servicios. Este acto de justicia para con Almagro hubiera sido altamente honroso á Hernando Pizarro, considerando la enemistad que reinaba entre ellos, si no le hubiera hecho necesario la presencia de los agentes del mariscal en la corte; los cuales como ya se ha dicho estaban prontos á suplir cualquier falta que notasen en la relación del enviado.

Este, como es fácil presumir, no quedó sin recompensa de la régia bondad. Diósele alojamiento como individuo de la corte; se le hizo caballero de Santiago, una de las órdenes mas estimadas de España; recibió facultades para armar una escuadra y tomar el mando de ella; y se mandó á los oficiales de la corona en Sevilla que le auxiliasen en sus proyectos y facilitasen su embarco para las Indias (2).

La llegada de Hernando Pizarro á España, y las descripciones que sus compañeros de viaje hicieron del Perú, causaron entre los españoles una sensación tal como no se había visto nunca desde el primer viaje de Colon. El descubrimiento del Nuevo Mundo les había dado esperanzas de poseer infinitas riquezas, esperanzas cuya falsedad habían demostrado casi todas las expediciones hechas después. La conquista de Méjico, aunque escitó la admiración general como hazaña brillante y maravillosa, no había producido aun los resultados positivos y materiales que se habían pronosticado. Así las magníficas promesas de Francisco Pizarro en su reciente visita al país no hallaron crédito entre sus compatriotas á quienes los repetidos chascos habían hecho incrédulos. De lo que

(1) El país que debía ocupar Almagro recibió en la real concesión el nombre de Nueva Toledo, así como de Pizarro había recibido el de Nueva Castilla. Pero esta tentativa para cambiar el nombre indio fue tan ineficaz como la primera, y el antiguo nombre de Chile designa todavía la estrecha lengua de fértil tierra entre los Andes y el Océano que se estiende hasta el Sur del gran continente.

(2) Herr., loc. cit.

únicamente estaban seguros era de las dificultades de la empresa; y de la desconfianza con que miraban sus resultados fue buena prueba el pequeño número de aventureros que se prestaron á seguirle y el ser estos de la mas baja ralea.

Pero las promesas de Pizarro se habían realizado ya. No eran relaciones de riquezas las que reclamaban el crédito de los españoles; era el oro mismo desplegado con profusión ante sus ojos. Todas las miradas se volvieron entonces hácia el Occidente. El gastador perdido vió en el Nuevo Mundo el medio de rehacer su fortuna tan pronto como la había arruinado; el mercader, en vez de buscar los preciosos artículos del Oriente convirtió su atención en dirección opuesta prometiéndose mayores ganancias en unos países donde las cosas mas comunes se pagaban á tan exorbitantes precios; el soldado deseoso de ganar gloria y riquezas con la punta de su lanza, pensó encontrar vasto campo para sus proezas en las altas llanuras de los Andes. Hernando Pizarro vió que su hermano había juzgado acertadamente concediendo el permiso de volver á su país á todos los que lo solicitaran, seguro de que las riquezas que en España mostrasen llevarían á sus banderas diez hombres por cada uno de los que las abandonaban.

En poco tiempo se vió Hernando á la cabeza de una de las mas numerosas y bien surtidas escuadras que probablemente habían salido de las costas de España desde la gran flota de Ovando en tiempo de Fernando é Isabel. Poco mas afortunada que aquella fue esta otra escuadra, pues apenas había salido al mar cuando una violenta tempestad la obligó á retirarse de nuevo al puerto para remediar sus averías. Al fin logró cruzar el Océano y llegó con felicidad al pequeño puerto de Nombre de Dios. Pero no se habían hecho preparativos para su llegada, y como Hernando tuviera que detenerse allí algun tiempo antes de poder pasar los montes, sus tropas padecieron mucho á causa de la escasez de víveres, la cual fue tanta que hasta las cosas mas dañosas llegaron á servirles de alimento, y muchos gastaron sus pequeños ahorros para procurarse una miserable subsistencia. Las enfermedades como sucede de ordinario siguieron inmediatamente al hambre, y muchos de los desdichados aventureros, no pudiendo resistir los ardores del clima á que no estaban acostumbrados, perecieron á las puertas mismas del país adonde iban á buscar fortuna.

Esta es la historia de la mayor parte de las empresas de los españoles. Unos pocos, mas venturosos que los demas, encuentran inesperadamente alguna rica presa, y centenares de ellos atraídos por la fortuna de los primeros se apresuran á seguir el mismo camino. Pero la rica presa que estaba en la superficie ha desaparecido ya en manos de los que la descubrieron, y los que vienen después tienen que ganar sus riquezas á fuerza de largos y penosos trabajos. Muchos, perdido el ánimo y el dinero vuelven disgustados á su país natal, otros no quieren volver y mueren desesperados encontrando su tumba donde pensaban encontrar riquezas.

Sin embargo no sucedió así con todos los que siguieron á Hernando Pizarro. Muchos de ellos cruzaron con él el Istmo de Panamá y llegaron á tiempo al Perú donde en las vicisitudes de las contiendas revolucionarias algunos alcanzaron puestos de provecho y distinción. Uno de los primeros que llegaron al Perú fue un emisario enviado por los agentes de Almagro para anunciarle las importantes concesiones que le había hecho la corona. Almagro recibió la noticia justamente al hacer su entrada en el Cuzco, donde fue recibido con todo respeto por Juan y Gonzalo Pizarro que en cumplimiento de las órdenes de su hermano le entregaron inmediatamente el gobierno de la capital. Pero Almagro se envaneció muchísimo al

verse colocado por su soberano en un mando independiente del hombre que tan profundamente le había agraviado; y así declaró que en el ejercicio de la autoridad en que se hallaba constituido no reconocía ya superior. En estas ideas de altivez le confirmaron varios de sus soldados insistiendo en que el Cuzco caía hacia el Sur del territorio concedido á Pizarro, y que por consiguiente estaba comprendido en el suyo. Entre los que sostenían estas ideas había muchos de los que llegaron con Alvarado, gente que, aunque de mejor condición que los soldados de Pizarro, estaban muchísimo menos disciplinados y que bajo el mando de aquel gefe poco escrupuloso habían adquirido un espíritu de desenfundada licencia (1). Estos no tenían consideración ninguna con los indios; y no contentos con los edificios públicos se apoderaban cuando les parecía de los particulares, apropiándose sin ceremonia cuanto contenían, y mostrando en suma tan poco respeto á las personas y á las propiedades como si la plaza hubiera sido tomada por asalto (2).

Mientras pasaban estos acontecimientos en la antigua capital del Perú, el gobernador continuaba en Lima, donde le alarmaron mucho las noticias que recibió de los nuevos honores concedidos á su socio. No sabía que había sido estendida su propia jurisdicción hasta setenta leguas mas hacia el Sur, y sospechaba lo mismo que Almagro, que la capital de los Incas no había de estar comprendida en los límites de su territorio. Vió todo el mal que podía resultarle de que tan opulenta ciudad cayese en manos de su rival, dándole de este modo medios abundantes para satisfacer su codicia y la de sus soldados; y conoció que en tales circunstancias no era seguro permitir que Almagro tomase posesión de un poder á que todavía no tenía legítimamente derecho; porque los pliegos que contenían la concesión se hallaban aun en Panamá en poder de Hernando, y lo único que había llegado al Perú era un extracto de ellos.

Por tanto, envió sin pérdida de tiempo instrucciones al Cuzco para que sus hermanos volviesen á encargarse del gobierno, y prohibió á Almagro el desempeñar sus funciones fundándose en que debiéndose recibir despues sus credenciales no sería decoroso que al tiempo de recibirlas se hallase ya en posesión de su puesto. Por último, le invitaba á que emprendiese sin demora su expedición al Sur.

Pero ni al mariscal ni á sus amigos les agradaba la idea de dejar una autoridad que ya miraban como suya de derecho. Los Pizarros por otra parte la reclamaban con obstinación. La disputa se fue acalorando; cada partido tenía sus defensores; la ciudad se dividió en fracciones y el ayuntamiento, los soldados y hasta la población india se adhirió á uno y otro de los bandos que se disputaban el poder. Ya iban á llevarse las cosas al extremo y á decidirse la contienda por medio de la violencia y de la efusión de sangre, cuando Pizarro se presentó entre los contendientes (3).

(1) En punto á disciplina presentaban estos soldados un notable contraste con los conquistadores del Perú, si hemos de creer á Pedro Pizarro, el cual asegura que sus compañeros no se hubieran propasado á tomar una mazorca sin licencia de su gefe. «Que los que pasamos con el marques á la conquista no ovo hombre que osase tomar una mazorca de mahiz sin licencia.» Descub. y Conq., MS.

(2) «Se entraron de paz en la ciudad del Cuzco i los salieron todos los naturales á rescibir i los tomaron la ciudad con todo quanto havia de dentro llenas las casas de mucha ropa i algunas oro i plata i otras muchas cosas, i las que no estaban bien llenas las enchian de lo que tomaban de las demas casas de la dicha ciudad, sin pensar que en ello hacían ofensa alguna divina ni humana, i porque esta es una cosa larga i casi incompreensible, la dexaré al juicio de quien mas entendiende, aunque en el daño rescibido por parte de los naturales cerca deste artículo yo sé harto por mis pecados que no quisiera saber ni haver visto.» Conq. i Pob. del Pirú, MS.

(3) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Herrera, His-

Al recibir la noticia de las fatales consecuencias de sus mandatos se puso Pizarro en marcha á toda prisa para el Cuzco, donde fue recibido con manifiestas señales de júbilo por los indios así como por los españoles mas moderados deseosos de evitar la inminente lucha. Lo primero que hizo el gobernador fue visitar á Almagro, á quien abrazó con aparente cordialidad, y sin manifestar resentimiento alguno preguntó la causa de aquellos disturbios. A esto contestó el mariscal echando la culpa de todo á los hermanos de Pizarro; pero aunque el gobernador les reconvinó con alguna aspereza por su violencia, pronto se vió que se ponía de su parte, y los peligros de una seria desavenencia entre los dos socios se hicieron mayores que nunca. Afortunadamente evitó por entonces un rompimiento la intervención de amigos comunes que en aquellas circunstancias mostraron mas discreción que sus capitanes. Con su auxilio se efectuó por último una reconciliación sobre las bases, con corta diferencia, del pacto que anteriormente tenían hecho.

Acordóse que su amistad continuaria siempre inviolable; y en un artículo, que no hace demasiado honor á ninguna de las partes, se estipuló que ninguno de ellos hablaría mal del otro ni haría insinuaciones malévolas respecto á él especialmente en sus comunicaciones al emperador, y que ninguno se comunicaría con el gobierno sin el conocimiento del otro; por último, convinieron ambos en que los gastos y beneficios de los ulteriores descubrimientos serían repartidos entre los dos por partes iguales. Invocóse la ira del cielo con las mas solemnes impreaciones contra aquel que violase este pacto, rogando al Todopoderoso que le castigase con la pérdida de su vida en este mundo y con la eterna perdición en el otro (4). Ambas partes se obligaron al cumplimiento de este contrato con solemne juramento pronunciado ante los Sacramentos en manos del padre Bartolomé de Segovia que concluyó la ceremonia celebrando la misa. De todo lo cual, con los artículos del convenio se formalizó testimonio público ante escribano y muchos testigos, á 12 de junio de 1535 (5).

Así estos dos antiguos compañeros despues de haber roto los lazos de la amistad y del honor quisieron ligarse mutuamente con los sagrados vínculos de la religión, medida de cuya ineficacia debería haberles convencido el mero hecho de ser necesario recurrir á ella.

Poco despues de arregladas sus desavenencias, el mariscal levantó bandera para Chile, y muchos, atraídos por sus maneras populares, y por su generosidad que casi rayaba en prodigalidad, se alistaron con gusto en la empresa confiados en hallar todavía mayores riquezas que las que habían encontrado en el Perú. Dos indios, el uno Paullo Topa, hermano del Inca Manco, y el otro Villac Umu, gran sacerdote de la nación, fueron enviados delante con tres españoles para preparar el camino al pequeño ejército. Púsose despues en marcha un destacamento de ciento cincuenta hombres á las órdenes de un oficial llamado Saavedra. Almagro se quedó detras á reunir mas reclutas; pero antes de completar el número de estos que pensaba llevar, emprendió su marcha, no creyéndose seguro con sus cortas fuerzas al lado de

toria general, dec. V, lib. VIII, cap. VI.—Conq. i Pob. del Pirú, MS.

(4) «E suplicamos á su infinita bondad que á cualquier de nos que fuere en contrario de lo así convenido, con todo rigor de justicia permita la perdición de su ánima, fin y mal acabamiento de su vida, destrucción y perdimientos de su familia, honras y hacienda.» Capitulación entre Pizarro y Almagro 12 de junio de 1535, MS.

(5) Este notable documento, cuyo original existe en el archivo de Simancas, se encuentra íntegro en el Apéndice número 11.

Pizarro (1). El resto de sus tropas debía seguirle luego que se reuniese.

Desembarazado ya de la presencia de su rival, volvió el gobernador inmediatamente á la costa para continuar sus proyectos de arreglo del país. Además de la principal ciudad de Los Reyes, fundó otras á orillas del Pacifico, destinadas á ser con el tiempo emporios florecientes del comercio. La mas importante de estas recibió el nombre de Truxillo en honor del pueblo de su nacimiento, y fue establecida en el sitio ya indicado por Almagro (2). Hizo tambien muchos repartimientos así de tierras como de indios entre sus soldados en la forma que acostumbraban los conquistadores españoles (3); aunque la ignorancia de los verdaderos recursos del país produjo resultados diferentes de los que se había propuesto, pues en muchos casos el territorio mas pequeño, á causa de los tesoros que enterraba en su seno llegó á ser el de mas valor (4).

Pero nada llamó tanto la atención de Pizarro como la construcción de la metrópoli de Lima, y de tal modo apresuró la obra, y tan bien fue secundado por la multitud de trabajadores que servían á sus órdenes, que tuvo la satisfacción de ver á su naciente capital con sus grandiosos edificios y magníficos jardines muy próxima á su completa construcción. Es satisfactorio contemplar bajo un punto de vista mas agradable el carácter de aquel toscó soldado, ocupado en remediar los estragos de la guerra y en echar los fundamentos de un imperio mas civilizado que el que acababa de destruir. Esta ocupación pacífica formaba contraste con la vida de agitación incesante que hasta entonces había llevado, y parecía adoptarse mejor á su edad ya madura que naturalmente le convidaba al reposo. Si hemos de creer tambien á sus cronistas, no hubo ocupación de todas las que tuvo en su carrera que mas placer le diese. Es lo cierto que ninguna ha sido mirada con mas satisfacción por la posteridad; y entre el dolor y la desolación que Pizarro y sus soldados llevaron á la tierra de los Incas, Lima, la hermosa ciudad de Los Reyes, sobrevive aun como la obra mas gloriosa de su creación, como la perla mas hermosa de las del Pacifico.

CAPITULO X.

Evasión del Inca. — Vuelta de Hernando Pizarro. — Sublevación de los peruanos. — Sitio é incendio del Cuzco. — Situación precaria de los españoles. — Asalto de la fortaleza. — Desaliento de Pizarro. — El Inca levanta el sitio.

1535—1536.

Si la ausencia de su rival Almagro dejó á Pizarro por este lado libre de toda inquietud, por otro vió inesperadamente amenazada su autoridad. El nuevo enemigo era la población indígena del país. Hasta en-

(1) «El adelantado Almagro despues que se vido en el Cuzco descarnado de su gente temió al marques no le prendiese por las alteraciones pasadas que havia tenido con sus hermanos como ya hemos dicho, i dicen que por ser avisado dello tomó la posta i se fué al pueblo de Paria donde estava su capitán Saavedra.» Conq. i Pob. del Pirú, MS.

(2) Carta de Francisco Pizarro al señor de Molina, MS.

(3) Tengo á la vista dos copias de concesiones de encomiendas hechas por Pizarro, la una en Xauxa en 1534, y la otra en el Cuzco en 1539. En ellas se recomienda enfáticamente á los colonos la instrucción religiosa y el buen trato de sus indios. Pero cuán ineficaces fueron estas recomendaciones puede inferirse de las lamentaciones del escritor anónimo y contemporáneo repetidas veces citado, el cual dice que «desde entonces se estendió entre los indios la pestilencia de la servidumbre personal, é igualmente desastrosa para el alma, así del amo como del esclavo.» (Conq. i Pob. del Pirú, MS.) Este honrado movimiento de indignación, que no era de esperar en un toscó conquistador, es probablemente de algun eclesiástico.

(4) «El marques hizo encomiendas en los españoles, las

tonces los peruanos habían mostrado un carácter dócil y sumiso que inspiraba á los conquistadores demasiado desprecio para darles ocasión de temer. Habían mirado impasibles la usurpación de los invasores, la ejecución de un monarca, el nombramiento de otro para ocupar el trono vacante, los templos despojados de sus tesoros, su capital y su país presa de los españoles que se los repartían entre sí; pero á escepción de algunas escaramuzas en los pasos de las montañas, ni un solo golpe habían dado en defensa de sus derechos. ¡Y sin embargo aquella era una nación que había estendido sus conquistas por una gran parte del continente!

Pizarro en su carrera, aunque nada le detenía para llevar á cabo sus proyectos, no se había entregado á aquellos actos superfluos de crueldad que tantas veces mancharon las armas de sus compatriotas en otros puntos del continente, y que en pocos años esterminaron casi toda una población en Hispaniola. Había dado un gran golpe con la captura de Atahualpa y parecía contar con él para inspirar terror á los indios, no creyendo necesarios otros nuevos. Había aprehendido tambien cierto respeto á las instituciones del país, y reemplazado al monarca á quien había dado muerte con otro de la dinastía legítima. Sin embargo, esto no era mas que un pretesto. El reino había esperimentado la revolución mas completa. Sus antiguas instituciones estaban destruidas. Su aristocracia de origen divino había descendido casi hasta el nivel del pueblo. Este era siervo de los conquistadores. Sus edificios en la capital, á lo menos desde la llegada de los oficiales de Alvarado, habían pasado á manos de las tropas. Los templos se habían convertido en cuarteles y los palacios reales en cuarteles. La santidad de las casas religiosas había sido violada. Millares de matronas y doncellas que aunque erradas en sus creencias vivían en casta reclusión en establecimientos conventuales, habían sido lanzadas de sus retiros viniendo á ser presa de la licenciosa soldadesca (5). Una esposa favorita del joven Inca había sido seducida por los oficiales castellanos; y el Inca mismo tratado con

quales fueron por noticias que ni él sabía lo que dava ni nadie lo que rescibia sino á tienta i á poco mas ó menos, i así muchos que pensaron que se les dava poco se hallaron con mucho i al contrario.» Ondegardo, Rel. prim., MS.

(5) Esto dice el autor de la *Conquista i Población del Pirú*, escritor contemporáneo que describe lo que vió lo mismo que lo que supo por relaciones de otros. Varias circunstancias, especialmente la honrada indignación que manifiesta al hablar de los excesos de los conquistadores, inducen á creer que era eclesiástico, uno de aquellos hombres probos que siguieron la cruel expedición con un objeto de amor y de misericordia. Es de suponer tambien que su credulidad la haga exagerar á veces los excesos de sus compatriotas.

Segun él eran seis mil las mujeres de calidad que vivían en los conventos del Cuzco, servidas cada una por quince ó veinte criadas, y muchas de las cuales que no pericieron en la guerra tuvieron mas desdichada suerte, pues fueron victimas de la prostitución. Este pasaje es tan notable y el manuscrito tan raro, que voy á citarle original.

«De estas señoras de Cuzco es cierto de tener grande sentimiento el que tuviese alguna humanidad en el pecho, que en tiempo de la prosperidad del Cuzco cuando los españoles entraron en él havia grand cantidad de señoras que tenían sus casas i sus asientos muy quietas i sosegadas i vivían muy políticamente i como muy benas mujeres, cada señora acompañada con quince ó veinte mujeres, que tenía de servicio en su casa bien traídas i aderezadas, i no salían menos desto i con grand onestidad i gravedad i atabío á su usanza, i es á la cantidad destas señoras principales creo yo que en el... que avia mas de seis mil sin las de servicio que creo yo mas de veinte mil mujeres sin las de servicio y mamacones, que eran las que andavan como beatas y donde á dos años casi no se allava en el Cuzco i su tierra, sino cada qual i qual porque muchas murieron en la guerra que huvó i las otras vinieron las mas á ser malas mujeres. El Señor perdone á quien fue la causa desto i á quien no la remedió pudiendo.» Conq. i Población del Pirú, MS.